

EN TEORÍA

Mensajes ocultos

por José Luis Polanco*

Tras recrear algunos pasajes de su propia biografía escolar y lectora, el autor de este artículo enjuicia el cambio de orientación que en nuestro país ha experimentado la producción literaria para niños y jóvenes. De aquellos viejos modelos autoritarios del franquismo, se ha pasado, según él, a un no menos totalitarismo ideológico que bajo el signo del enmascaramiento oculta un sospechoso uniformismo, con el que se trata de soslayar la realidad social y todas sus contradicciones, ofreciendo un mundo idílico e irreal a los jóvenes lectores.



En la casa no había libros. Para quienes pertenecíamos a las capas sociales más humildes, obligadas a emigrar del medio rural, el objetivo esencial era subsistir. Un libro era un lujo del que había que prescindir. Pero, además, en los primeros años de mi infancia nunca supe de la existencia de esos espacios denominados bibliotecas. Así que mi primer contacto con un libro hubo de postergarse a mi llegada a la escuela.

Desgraciadamente, aquel edificio oscuro y frío de mis comienzos escolares sólo albergaba libros de la misma tonalidad que sus paredes y que la bata gris del maestro. A Stevenson, Salgari o Verne no los conocería hasta mucho tiempo después. Peter Pan, Wendy y el Capitán Garfio debieron pasar en alguna ocasión cerca, pero no me saludaron cuando hubiera sido la ocasión más propicia. A Guillermo Brown, el proscrito, sólo lo pude conocer cuando ya mis batallas vitales eran bien distintas a las suyas. El mundo de los duendes y las hadas, y de las brujas cabalgando sobre sus escobas, es un paraíso al que me fue prohibida la entrada en el momento debido.

Cuando ya mucho más tarde, quizá en busca del tiempo perdido, he ido leyendo todo lo que entonces me fue negado, he tenido la certeza de que algo muy importante le habían robado a mi infancia. Lo recuerdo y lo escribo con gran tristeza. Y me pregunto a quién habré de pasarle la factura.

La primera escuela

Aquella escuela. El viejo ábaco; la estufa de leña, y el olor a humo; el queso y la leche en polvo de Míster

Marshall; la cartilla «mimamame-ama-yoamoamimama», «tomatoma-te-timoteo»; aprender la tabla cantando caralsol —después me enteré que era cara al sol, pero yo no tenía la camisa nueva; «mis dictaditos»; y aquellas aborrecibles lecturas llenas de he-

roísmo y sangre, de alcázares y numancias; de vidas ejemplares, de los mártires y santos; aquellas biografías de los prohombres de la patria, de colonizadores y caudillos invictos.

Quizá el mayor reproche que puedo hacerle a mi primera escuela sea



MÓNICA VON ZALLINGER.

el de haberme hurtado el contacto de lecturas significativas.

Estaba en primer lugar el método: en pie, colocados en fila, uno tras otro leíamos en voz alta el mismo texto; mientras tanto, los demás seguíamos la lectura con la vista puesta en el libro. Los que mejor leían estaban colocados en los lugares de cabeza; los torpes, en el furgón de cola. Perdías o recuperabas posiciones según fuera evolucionando tu nivel lector. Este ritual, de por sí ingrato, iba acompañado por el mismo miedo a ser sorprendido en el flagrante delito de no seguir la lectura. Incomodidad, aburrimiento, miedo, humillación.

Recientemente he podido conocer que estas maneras no hacían sino ajustarse a un Reglamento de Escuelas promulgado allá por el año 1838 —la escuela como ya sabíamos es institución poco proclive al cambio— y que mis maestros, funcionarios ejemplares, aplicaron con esmero y obsesiva minuciosidad.

Pero más allá del método, estaban las lecturas en sí mismas. Recuerdo con especial nitidez uno de los libros utilizados como método de lectura. Estaba compuesto por una larga serie de textos breves que finalizaban, cada uno de ellos, con una sentencia cargada de moralina. Este ramillete de historias acarameladas e instructivas —desprovistas de cualquier interés— estaba destinado, además de a afianzar nuestra técnica lectora, a decirnos a los niños de entonces cómo debíamos comportarnos, qué debíamos sentir, cómo debíamos interpretar el mundo que nos rodeaba.

Como sabemos, la lectura desempeñaba —sigue desempeñando aún hoy— un papel esencial en la actividad escolar; por un lado, porque se mantiene a lo largo de toda la escolaridad; y, por otro, porque es uno de los mecanismos fundamentales de transmisión de valores. En aquella época, como es norma bajo regímenes políticos de ideología dogmática, las relaciones entre política y pedagoga

eran más que estrechas. La escuela y los libros eran concebidos como instrumento al servicio del poder para inculcar en nosotros, niños en formación, los valores dominantes de quienes gobernaban el país como quien manda en finca propia.

Estaban convencidos de que llenaban en nosotros un vacío; y, sin embargo, apagaron tantas incipientes llamas que la virtud de un buen libro pudo haber encendido en tantos niños... ¿Cuántas generaciones aprendieron a odiar la lectura a causa de aquellos libros, de aquellos métodos?

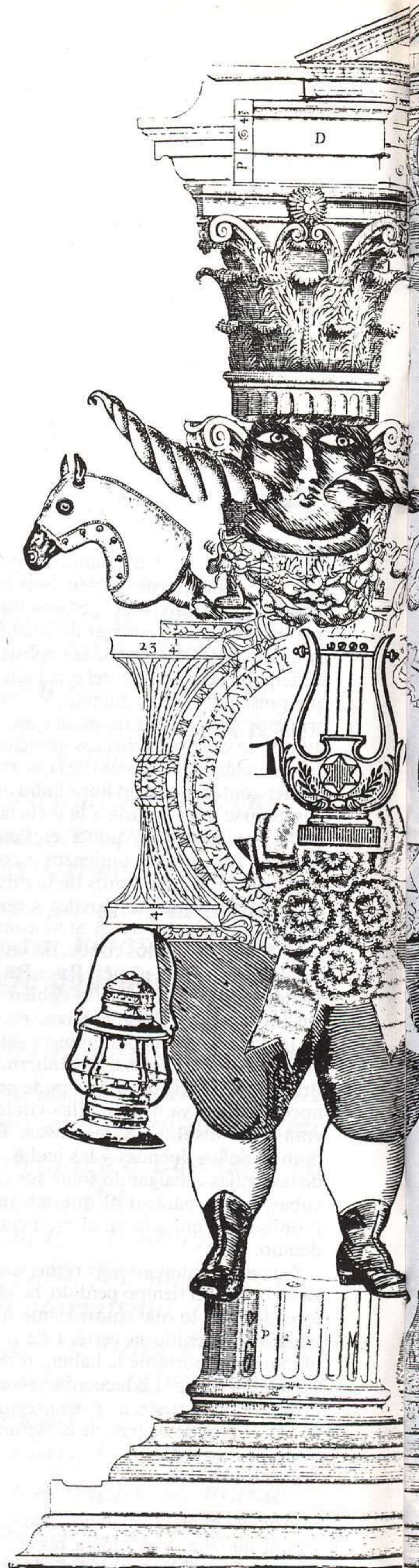
Un mundo sin libros

«Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros; hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua; en lo que a mí se refiere, —escribe Borges— soy incapaz de imaginar un mundo sin libros.»

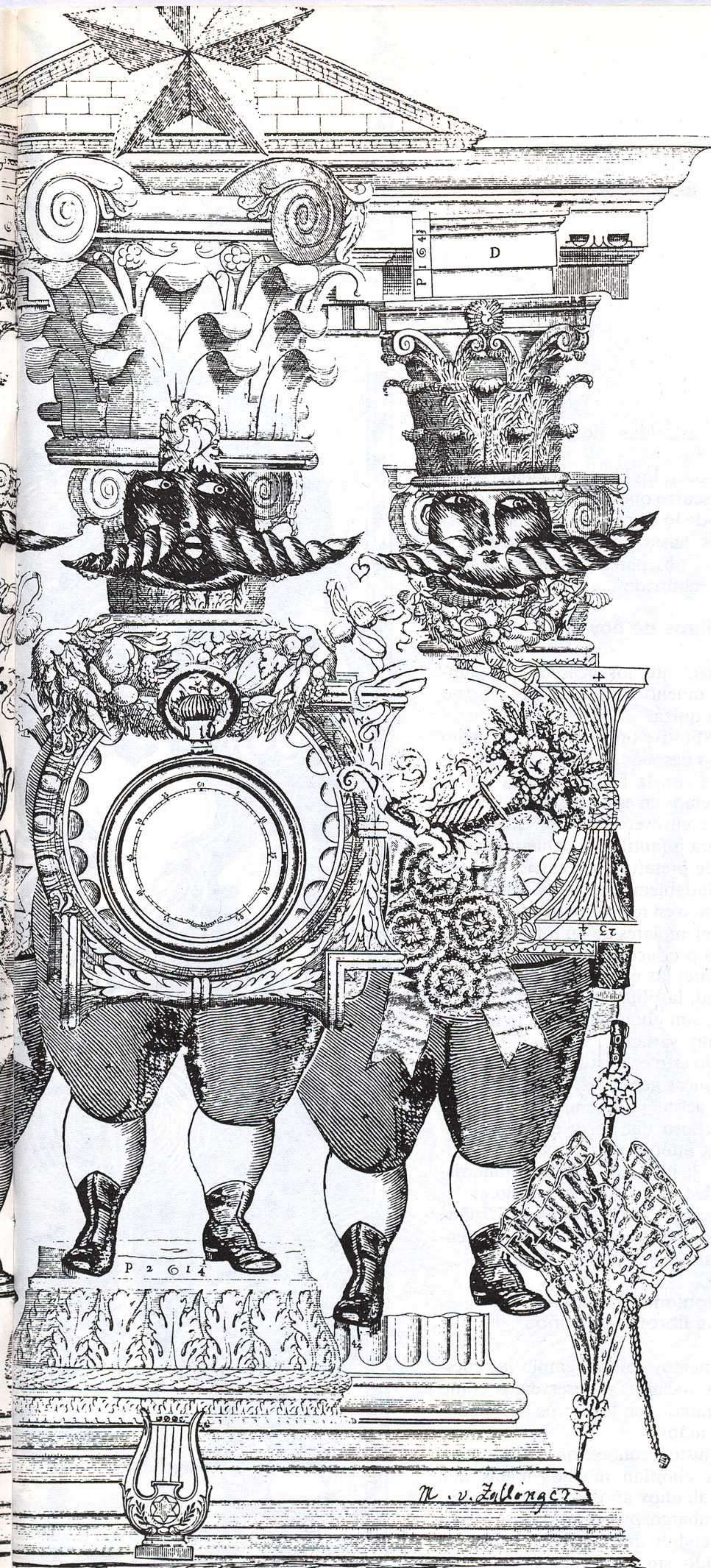
¿Qué ha pasado para que, a pesar de tenerlo todo en contra, muchos niños de entonces seamos incapaces de imaginarnos un mundo sin libros?

Cerradas otras puertas, los niños de entonces aprendimos a leer, a entusiasmarnos con la lectura, a pesar de la cultura oficial.

No era fácil administrar la exigua paga semanal que se hacía efectiva con la ropa de domingo. No daba para mucho. Sin embargo, ¿qué hubiera sido sin ella? Tardes de domingo. *El guerrero del Antifaz, La pantera negra, El Capitán Trueno, Roberto Alcázar y Pedrín*. Aprender a descifrar los nombres de nuestros héroes deportivos en los cromos del equipo favorito —Canario, Santos, Marcelino, Villa y Lapetra—. O el de los ciclistas que nos hacían soñar cuando sobrevolaban el Puy de Dome y el Tourmalet; y éramos Bahamontes, Poblet, Loroño o Martín Piñera, surcando nuestro circuito de tierra a lomos de una chapa de la «escudería» Kas, preparada al efecto —aventajados aprendices de J.J. Cobas de la chapabici—. O tratando de encontrar



MÓNICA VON ZALLINGER.



en el corro del intercambio aquellos tres malditos cromos que faltaban para completar el álbum —¡alarde cromático!— de *Los diez mandamientos*.

Y, ya más tarde, la intensidad, el sentirse arrebatado por la magia de una historia. Aquellos pistoleros cara a cara en la calle desierta, frente al «saloon»; atentas todas las miradas, tras las ventanas, al primer movimiento. ¡Qué pena, Don Marcial Lafuente Estefanía, que muy pronto todos los pistoleros me parecieran el mismo: demasiado parecida su manera de acariciar el colt, y aquel rictus de la cara; y siempre el mismo destello en la placa del sheriff; y que ya supiera, antes de que desenfundara el más rápido, quién iba a caer en cada duelo! Pero a lo mejor no fue culpa suya, sino mía, por abandonar mi tambor de hojalata y crecer.

Y poco después, el primer regalo. Aquel sensiblero, pero para mí ya siempre entrañable, *El pequeño lord Fauntleroy*, de Frances H. Burnett, asociado —no sé por qué— al invierno, a una tarde con apenas luz; al calor de la lumbre en el hogar, y el olor a castañas asadas; y tras los cristales cubiertos de vaho —el dedo es un pincel—, el caminar de un gorrión sobre la nieve, bajo la vieja higuera, en el patio. Una imagen arrastra a la siguiente.

Y ahora sí, *El último mohicano*, de Fenimore Cooper. El gozo intenso, el encuentro con un mundo totalmente nuevo, gracias a un autor que había arrojado mil ilusiones en el pozo sin fin que es un libro. Han desaparecido las imágenes —el color no está asociado, excepto en las portadas, a mis primeras lecturas— y hay que desentrañar el poder oculto de las palabras en su desnudez.

Atrás va quedando el placer fácil que producen las imágenes, para permitir que sea yo mismo quien sueñe libremente.

Cierro los ojos, y cada nuevo libro me trae, al paladar de la memoria, el

EN TEORÍA

sabor intenso de la fruta prohibida.

De fruta prohibida, pero en sentido más literal, tendrían mucho, en adelante, algunas de mis siguientes lecturas. Pero esa es ya otra historia, más comúnmente compartida.

El discurso del poder

Con estos libros, encontrados gracias al azar, aprendí a amar la lectura. Aquellos otros, pensados especialmente para los niños de mi época, estaban concebidos como instrumentos al servicio del poder establecido. No tenían otro objeto que modelar nuestras mentes a imagen y semejanza de su prototipo de hombre «mitad monje, mitad soldado». En ellos, podemos encontrar las concepciones políticas, sociales y religiosas en que se sustentaba el nacional-catolicismo. Su contenido, y el mismo lenguaje, reflejaban el estilo autoritario del Estado, su afán de ejercer tutela sobre los individuos, el dogmatismo de sus ideas políticas y pedagógicas, la descalificación de cualquier tipo de concepción liberal, y el rechazo de cualquier actitud que entrara en contradicción con su concepción monolítica.

Ya se encargaría el aparato del Estado de permanecer alerta. Todavía en 1955, se publicaba un decreto ministerial que recogía las normas que debían seguir las publicaciones infantiles y juveniles, y que especificaba que éstas debían «acentuar el debido respeto a los principios religiosos, morales y políticos que fundamentan el Estado Español» y se afirmaba que «cuando se dude de si un relato o cuento es adecuado o no para los niños, piénsese en si es poético o no. La poesía auténtica casi nunca es inmoral porque es un bucear en las honduras del misterio que transe y nos envuelve. Estos relampagueos intuitivos, visiones que se expresan en símbolos, son infantiles y adecuados. Pero no hay que confundir la poesía auténtica con los oropeles y cascabeleos por un lado, ni con las falsas perlas, a me-

nudo extraídas de ciénagas, por otro».⁽¹⁾

Así pues, los libros hablaban el mismo discurso que el poder. Por eso, tal vez —de lo demás no seríamos conscientes hasta bastante tiempo después—, nos parecían tan tremendamente aburridos.

Los libros de hoy

Felizmente, los tiempos han cambiado mucho desde entonces. O, ¿no tanto, quizá?

Por motivos profesionales, mucho tiempo después he vuelto a reencontrarme con la literatura para niños. (Obviemos en esta ocasión la permanente controversia sobre si existe la literatura infantil, o si debiéramos hablar de literatura a secas.)

Indudablemente, la situación ha mejorado en relación con aquellas novelas ejemplares de mi infancia: existe una producción editorial muy importante; las ediciones suelen ser de calidad; las ilustraciones, en muchos casos, son obras de arte; y la temática, muy variada.

Todo esto es cierto. Y sin embargo, y en líneas generales, la literatura infantil actual padece un uniformismo sospechoso, que puede estar contribuyendo, aunque con maneras más sutiles, a la instalación de un totalitarismo ideológico de nuevo cuño.

¿Por qué creo que esto es así? ¿Qué se esconde tras estas historias aparentemente asépticas y neutrales?

La problemática social en los libros para niños

Tomemos como ejemplo las cuestiones sociales, y observemos cómo son tratadas en los libros destinados a los niños.

Es justo reconocer que los libros actuales abordan muchos temas que hace algunos años eran prohibidos. Sin embargo, parece como si se hubiera extendido una consigna: hablemos de todo sin profundizar en nada.



MÓNICA VON ZALLINGER.



Abordemos todos los temas, pero de manera superficial; no suceda que profundizando un poco tengamos que sacar conclusiones molestas. Por ello, generalmente, estas historias se reducen a puros artificios convencionales, y sus páginas no inducen sino al conformismo; no sugieren otros ideales que los aceptados por todos, y evitan cualquier propuesta diferenciadora.

Es habitual, por otro lado, que los autores presenten un mundo feliz —con escaso parecido con la realidad, por tanto— en el que no suelen existir los conflictos sociales. Y cuando estos existen no son debidos a determinadas estructuras sociales y económicas sino al egoísmo y la maldad de algunas personas, que, por supuesto, con una mejor educación y más cultura conseguirán regenerarse.

Así mismo, cuando se presentan problemas algo más concretos —contaminación, discriminación racial, explotación—, es siempre el hombre, como ente abstracto, el responsable de ellos, y nunca grupos determinados de personas.

Acostumbran a presentar un sistema de clases sociales cerradas en sí mismas, sin interacción entre sí. Y los personajes, generalmente, suelen pertenecer a las clases media y alta.

Cuando se presentan situaciones de desigualdad social, cada individuo ocupa el lugar que «por nacimiento» le corresponde. Así, las desigualdades se presentan como consecuencia exclusiva de la distinta capacidad con que la naturaleza dotó a cada individuo. Al hilo de la cuestión, quizá no esté de más traer algunas palabras de Carlos Lereña: «La sociología demuestra efectivamente, primero, que las llamadas capacidades, aptitudes y vocaciones de los individuos no son independientes del particular entramado de relaciones sociales dentro del cual se producen aquéllos; y, segundo, que el recurso a las explicaciones por la biología no tiene otro sentido que el de la justificación ideológica del mantenimiento de la desigualdad

EN TEORÍA



MÓNICA VON ZALLINGER.

social, por vía de la argumentación, 'lo que es, es lo que tenía que ser, lo que estaba escrito que fuese' ».⁽²⁾

Además, no suelen existir intereses enfrentados; se soslayan la existencia de relaciones sociales jerarquizadas y los antagonismos sociales. Si se habla de injusticias sociales —hambre, paro, marginación—, se descontextualizan los problemas, y con ello se difuminan las responsabilidades. (Los conflictos suelen darse en mundos imaginarios, o en otros continentes y países; casi nunca, en el nuestro.)

Si en alguna ocasión se proponen soluciones, éstas suelen ser pequeños parches, acciones puntuales que suavicen los efectos negativos. Pero, eso sí, siempre sin atacar las causas estructurales y sin que peligren las instituciones. Los antagonismos sociales irán desapareciendo mediante la expansión de las dosis adecuadas de fraternidad, amistad, respeto mutuo, solidaridad... y una larga serie de valores inconcretos y etéreos como para que, en realidad, nadie se sienta aludido y por tanto nada pueda cambiar sustancialmente. Quizá sea algo más que curiosa la coincidencia de esta tesis con los argumentos utilizados en nuestro país durante los años de la dictadura: «Siendo los ricos justos y viviendo los pobres resignados con su suerte; siendo los patronos comprensivos con sus obreros y siendo los obreros dóciles, humanos y amables con sus patronos; siendo los hijos obedientes a sus padres y éstos paternales y afables con sus hijos; estando los de abajo satisfechos con su suerte (...), será como podremos llegar a la transformación de España».⁽³⁾

En ambos casos, —fruto de una metafísica inmovilista— los antagonismos se sortean por la vía de una huida al mundo idílico.

El niño, ese menor

En estas historias para niños subyacen unos mensajes que se hacen patentes en las normas y modelos de

comportamiento que se ofrecen como ideales: aceptación de la realidad tal cual es, riqueza, éxito social, belleza, obediencia, orden. Normalmente, los adultos somos capaces de leer entre líneas. Para los niños, sin embargo, el problema no es sólo que estos mensajes les hayan pasado inadvertidos, sino que hayan obrado inconscientemente orientando de forma oculta su visión del mundo.

Aunque lejos de aquellas maneras burdas de los textos de antaño, sigue existiendo una fuerte obsesión didáctica. Los autores muestran una preocupación excesiva por hacerse entender, por explicitar todo, por aclarar hasta el extremo las ideas y las situaciones. Es una actitud paternalista y moralizante, que deja entrever la escasa confianza que los adultos tenemos en el niño; y que encubre, además, una cierta aversión hacia una cultura que enseñe a pensar por uno mismo.

Por ello, estos libros, llenos de palabras huecas y de adultos infantilizados, retienen al niño en la infancia; porque éste no encuentra en la lectura situaciones plenas sólidas, ni diálogos profundos e interesantes que atraigan su interés; ni, en la madurez, un estímulo hacia donde proyectarse.

Quizá debamos preguntarnos, con Lolo Rico, si le interesa a alguien que los miembros de nuestra sociedad lean. «¿Le parece conveniente al poder que las personas adquieran cultura, verdadera cultura, que haga seres

pensantes, maduros y autónomos? Creo, más bien, que la capacidad para pensar, enjuiciar y criticar de los ciudadanos no conviene a quienes detentan el poder. Me parece que consideran preferible que los niños sigan siendo niños hasta la eternidad.»

Así que aunque les duela a quienes anhelan siervos fieles dentro del manso rebaño social, para el niño —también para el adulto—, el mayor número posible de libros, y libertad para leer lo que quiera, donde quiera y cuando quiera. Y si la ocasión se nos presenta propicia, proponerle formas para desarrollar los mecanismos críticos que le ayuden a valorar sus lecturas.

Porque quienes han experimentado el placer de dioses que es la lectura, no están dispuestos a que les arrojen sin más del paraíso.■

* José Luis Polanco es profesor en el Colegio Público Cuevas del Castillo de Vargas (Cantabria), y miembro de la Asociación Pedagógica «QUIMA».

Notas

1. Citado en «40 años de censura infantil». Pacho Fernández Larrondo. «Ciudadano» 1 de junio de 1976.
2. Lerena Aleson, C.: *Escuela, ideología y clases sociales en España*, 3ª edición (revisada y ampliada), Ariel, Barcelona, 1986.
3. Peiró, F. (S.J.): «Sentido religioso y militar de la vida», citado en Palop, P.: «Los límites ideológicos de la pedagogía franquista», en *Andecha Pedagógica*, nº 12, 1984.
4. Rico, L.: *Castillos de arena*. (Ensayo sobre literatura infantil), Alhambra, Madrid.